

ALBERTO BERNABÉ, ed., *Fragmentos presocráticos*, Clásicos de la literatura, Madrid: Abada Editores, 2019, 592 pp., €32,00 (pb). ISBN 978-84-17301-50-7.

1. La traducción comentada de los presocráticos de Alberto Bernabé, publicada inicialmente bajo el título *De Tales a Demócrito* (diversas ediciones, con numerosas reimpressiones, a partir de 1988) ha sido un acompañante asiduo y un valioso instrumento de trabajo para quienes se dedican al estudio del pensamiento griego arcaico. El volumen que reseñamos es su heredero directo, con el aliciente añadido de haber experimentado una actualización a fondo, que incluye modificaciones y reorganizaciones de mucho calado. En primer lugar, se ha incorporado el texto original griego, tomándolo de las ediciones contemporáneas más solventes, pero defendiendo en numerosos lugares lecturas propias. Asimismo, Bernabé ha ensayado una *dispositio* de los materiales nueva: frente a la presentación ‘*aséptica*’ del libro anterior, que limitaba el comentario a las introducciones de cada capítulo, aquí se proponen ciertos itinerarios expositivos pautados por múltiples subtítulos, que engarzan los sucesivos fragmentos en un discurrir articulado. El mismo autor presenta su método y objetivos en los términos siguientes (pp. 24-5):

Frente a la opción de presentar una introducción y luego los fragmentos exentos de cada autor, he preferido ofrecer un discurso seguido en que las explicaciones van introduciendo y glosando los fragmentos [...] El motivo de esta elección es [...] no obligar al lector a que primero conozca las explicaciones, agrupadas, y luego lea los fragmentos descontextualizados, lo que hace más fatigosa la lectura.

Por otra parte, algunos textos de origen papiáceo, que en la versión anterior figuraban en apéndice, han sido incorporados a los lugares pertinentes. En cambio, las interpretaciones puntuales, han experimentado comparativamente pocas alteraciones. La traducción ha sido revisada y retocada en multitud de lugares, aunque (exceptuando, quizás, algunos difíciles pasajes de Parménides) sin mayores modificaciones del sentido. En este terreno, la novedad más significativa la constituye, a mi entender, el intento de reflejar, en la medida de lo posible, la estructura en κῶλα rítmicos de los fragmentos de Heráclito, estudiada por Marcovich (cuyo texto se sigue) y por Mouraviev.

En tales circunstancias, en vez de dedicar al nuevo volumen una reseña convencional, me parece más productivo centrarme en las diferencias respecto al de 1988. Pienso que a través de tales diferencias se podrán rastrear ciertos

cambios de perspectiva que en los últimos años han incidido con fuerza en los estudios acerca de “los Presocráticos”.

2. Para ilustrar las modificaciones en la presentación, me valdré del caso de Anaximandro, fundamentalmente por dos razones. Pese a que el capítulo dedicado a este autor ha sufrido un número de cambios relativamente elevado, la exigüidad de los materiales simplifica la comparación. Si tomase como ejemplo, pongamos por caso, el capítulo sobre Empédocles, donde, además de un incremento muy importante de los textos, la misma edición de referencia ha cambiado (en lugar de Wright 1981 ahora se usa Graham 2010) la comparación resultaría mucho más complicada.

Así pues, en la obra anterior, después de una introducción de varias páginas, figuraban en primer lugar los fragmentos literales (= frs. B DK); a continuación se incluían once *testimonia* (= frs. A DK), donde reencontramos las frases y palabras presuntamente literales insertas en sus correspondientes contextos. El nuevo volumen evita tal duplicación; ofrece diecisiete textos, sin distinguir entre testimonios y fragmentos propiamente dichos. Los textos se organizan en apartados temáticos, consagrados respectivamente a: el *ἄπειρον* como principio (frs. 2-6, discutidos en pp. 42-5); cosmogonía y cosmología (frs. 7-10); fenómenos meteorológicos (frs. 11-13); y el incipiente ‘evolucionismo’ de Anaximandro (frs. 14-17).

El incremento en el número de fragmentos se debe sobre todo al hecho de que dos de las fuentes (los *Placita* del Pseudo Plutarco y la *Refutación* de Hipólito) han sido divididas en tres partes, y cada pasaje reubicado en el apartado donde temáticamente encaja mejor. Adicionalmente, se ha añadido un breve pasaje de la *Suda* (fr. 12 A 2 DK) acerca de la producción escrita de Anaximandro. Las noticias de este tipo se acostumbraban a valorar con gran escepticismo; y no sin razón, porque su texto está casi siempre corrompido. Pero, en la actualidad, se recogen y estudian con interés, porque, a pesar de sus errores e imprecisiones, resultan útiles para documentar el progreso de la cultura escrita en la Grecia arcaica.

La nueva disposición ofrece tanto ventajas como inconvenientes. Fragmentar en exceso las fuentes no es recomendable *a priori*: las razones de quien cita, aunque muchas veces erráticas respecto al texto citado, pueden ser útiles para una mejor intelección de conjunto (véase C. Osborne, *Rethinking Early Greek Philosophy. Hippolytus of Rome and the Presocratics*, London 1987). En contrapartida, la fragmentación de las fuentes conlleva casi siempre una ganancia en claridad expositiva, al tiempo que ayuda al lector a centrarse en el *contenido* de la cita, y a no olvidar que la “reconstrucción *literal*” del texto es a menudo extremadamente opinable — algo a tener especialmente en cuenta en un caso como el de Anaximandro.

3. Por motivos evidentes, no voy a intentar una comparación entre cada sección del volumen presente y su correspondiente en *De Tales a Demócrito*; pero me demoraré un poco en el capítulo IV (“Pitágoras y los

pitagóricos”, pp. 65-120). Lo más significativo en este caso es la inserción de un número considerable de textos nuevos. La extensión del capítulo (cuya estructura global, sin embargo, varía poco respecto al volumen anterior) se ha duplicado con creces: de 32 fragmentos a 69. Los pasajes cosmológicos — subdivididos, en la nueva versión, en los apartados ‘Cosmogonía’, ‘Tiempo’, ‘Cosmología’ y ‘Harmonía de las esferas’ — experimentan un incremento importante, de 8 fragmentos a 14. Pero donde se produce una auténtica explosión es en los textos acerca del alma y el Más Allá (§§ 42-69), que acaban constituyendo aproximadamente un 40 por ciento del total. La mayor parte de pasajes proviene, claro está, del Diels-Kranz; pero no únicamente del capítulo sobre Pitágoras (14 DK): algunos textos clave sobre cosmología y sobre el alma como armonía deben buscarse en el apartado de Filolao de Crotona (Pitag. 38 y 39 = 44 A 17 y 21 DK; Pitag. 43, 45, 63 = 44 A 23 y B 14 DK). Bastantes textos más proceden de las extensas noticias de fuente peripatética sobre “pitagóricos anónimos” (DK 58 B). Habida cuenta de que el título del capítulo asocia ‘Pitágoras’ y “los pitagóricos”, este proceder resulta, desde luego, legítimo; pero me parece que tiende a forzar, o por lo menos a desdibujar, la cronología. Quizás hubiera sido más conveniente dedicar el capítulo únicamente al Maestro y a la primera generación de sus discípulos, y consagrar un apartado independiente a la evolución posterior.

Otro rasgo que confiere una fisonomía peculiar a este capítulo es la abundancia de material comparativo. En un excursus (pp. 90-1) que resume un artículo del propio Bernabé (escrito en colaboración con Julia Mendoza y publicado en *Phronesis* lviii [2013]: 32-51), se compara la cosmogonía de los pitagóricos con la de un himno védico de carácter especulativo (*RigVeda* x 129) y se identifican importantes elementos comunes a ambos textos. Un poco después (pp. 96-120), podemos leer una comparación de naturaleza muy distinta, en este caso entre las doctrinas sobre el alma y el Más Allá de los pitagóricos y las del Orfismo. Análisis y comparación — que recogen, resumidas, otras aportaciones de Bernabé, en especial “Transfer of Afterlife Knowledge in Pythagorean Eschatology”, en A.B. Renger, A. Stavru, eds., *Pythagorean Knowledge from the Ancient to the Modern World. Askesis, Religion, Science; Wiesbaden: Harrassowitz*, 2016: 17-30 — resultan muy interesantes, como es fácil suponer.

Desde otro punto de vista, la mayor extensión del capítulo ha facilitado que se otorgue más relieve a las leyendas (pseudo)-biográficas en torno a Pitágoras, poco visibles en la versión anterior. Se trata, por lo menos, de un material importante porque, a pesar de lo tardío de la mayoría de fuentes y de su carácter fantástico y carente de rigor, tales relatos son muy valiosos a la hora de focalizar los aspectos genuinamente arcaicos en la enigmática figura de Pitágoras.

4. No quisiera cerrar esta reseña sin mencionar las aportaciones de papiros que han transformado la lectura de ciertos pasajes, contribuyendo

a resolver determinados problemas (o, como mínimo, a replantearlos bajo una nueva luz) y suscitando a su vez nuevos interrogantes. Me refiero, claro está, a un papiro de Oxirrinco con materiales heracliteos (P.Oxy 3710), al Empédocles de Estrasburgo (P.Strasb. gr. inv. 1665-6) y al papiro de Derveni. Estos materiales ya figuraban en sendos apéndices en las reediciones del *De Tales a Demócrito*, a partir de la de 2001; pero ahora se han insertado en sus correspondientes contextos. El fr. Her. 55 (p. 198) reúne los antiguos 22 B 3 y 94 DK, que un pasaje del papiro de Derveni (iv 7, 9) cita juntos. Her. 67 (pp. 203-4; fr. nuevo) recoge las observaciones sobre el ciclo lunar preservadas en el papiro oxirrinquita. En cuanto al impacto del papiro de Estrasburgo sobre el texto de Empédocles, basta, para calibrarlo, con hojear las pp. 307-10, 339, 360-1. Se trata de 63 versos que recubren (total o parcialmente) los antiguos frs. 31 B 17, 20, 76 y 139 DK, que sólo sumaban 17vv.

5. Acabaré con algunas observaciones de carácter general, sugeridas por la Introducción al volumen (pp. 7-25). La diferencia más significativa respecto al trabajo anterior radica aquí en las casi siete páginas consagradas a la problemática en torno a la constitución y presentación de los textos. Nos encontramos con breves pero eficaces discusiones sobre la distinción (con harta frecuencia cuestionable) entre *testimonia* y fragmentos propiamente dichos; sobre el grado de literalidad de las citas, las dificultades de atribución y ordenación, la fijación de los límites precisos de cada fragmento, etcétera. La oportunidad de tales observaciones viene parcialmente dictada, desde luego, por el hecho de que el nuevo volumen sí recoja el texto griego original. Pero pienso que hay algo más. Tras muchos años de asepsia ‘científica’, la mayoría de estudiosos de los presocráticos han cobrado conciencia de la importancia de su intervención (como editores, como comentaristas o como traductores, según los casos; a veces, como aquí, los tres papeles coinciden en una misma persona), a la hora de “*hacer hablar*” unos materiales tan fragmentarios y, con frecuencia, casi pulverizados. Es evidente que las decisiones presuntamente “técnicas” adoptadas en un terreno tan resbaladizo no son neutrales en absoluto. Y me parece que también se ha de interpretar en esta misma dirección el hecho de que Bernabé consagre casi una página a evocar la magna tarea de Hermann Diels. “Estamos tan acostumbrados a citar los fragmentos de los presocráticos por su edición, en la que estos aparecen ordenados, numerados y cortados de una determinada manera”, recuerda Bernabé, que... a veces resulta difícil substraerse a la impresión de que *esto es* propiamente lo que los antiguos pensadores escribieron. En realidad, casi podría decirse que el maestro Diels, más que organizar y estructurar un terreno de estudio, en cierto sentido *lo creó*. En otras épocas, la tarea de un editor de los presocráticos podía quizás pasar un poco desapercibida, oculta tras las sombras majestuosas e imponentes de los pensadores que iba sacando a la luz. Hoy en día, sin embargo, la centralidad de su intervención no puede ocultarse a ningún lector atento.

Precisamente por ello es conveniente que quienes asumen semejante tarea expongan con claridad sus premisas y presupuestos. Bernabé es poco partidario de las disquisiciones teóricas demasiado largas; pero no por ello deja de manifestar (a veces con contundencia) sus puntos de vista acerca de las cuestiones básicas. Por ejemplo, considera que el término ‘*filósofo*’ tiene ya, en el siglo VI a.C., un sentido lo bastante claro como para servir de piedra de toque para inclusiones y exclusiones. Así pues, no recoge autores como Ferecides, Teágenes o Acusilao, porque “su carácter ‘*filosófico*’ sería, cuando menos, discutible” (p. 9). La definición de Bernabé, formulada *en passant*, de quiénes merecen el calificativo de ‘*filósofos*’ es la siguiente: “quienes organizaron unas formas de pensamiento ya no míticas, sino racionales, para dar cuenta del origen y configuración del mundo” (*ibid.*). Tal definición tiene la ventaja de basarse en Aristóteles (*Metafísica* A 3 983b 6-13 y 27sgg.). Pero depende de si aceptamos o no que nociones como ‘razón’, ‘racional’ y ‘mito’ son evidentes, inequívocas; y, en cierto sentido, incluso transhistóricas. De lo contrario, la idea misma de “*filósofos* presocráticos” tiende a eludir una caracterización objetiva. (Me refiero ahora a la primera parte del compuesto, pues el carácter convencional de la segunda parte es evidente para todo el mundo). La definición del campo de estudios se sustentaría, en última instancia, en un criterio de autoridad — la autoridad de Aristóteles — y en el carácter razonable y productivo de unas opciones sancionadas por una dilatada tradición. Pienso que Bernabé lo entiende también así (por lo menos en parte) cuando escribe, en un significativo párrafo (p. 10) que apenas ha experimentado modificaciones de un volumen a otro: “Convencional o no, la designación de ‘*Presocráticos*’ se ha consagrado y responde a una realidad [...] de general aceptación.”

JAUME PÒRTULAS
Universitat de Barcelona
jportulas@ub.edu

